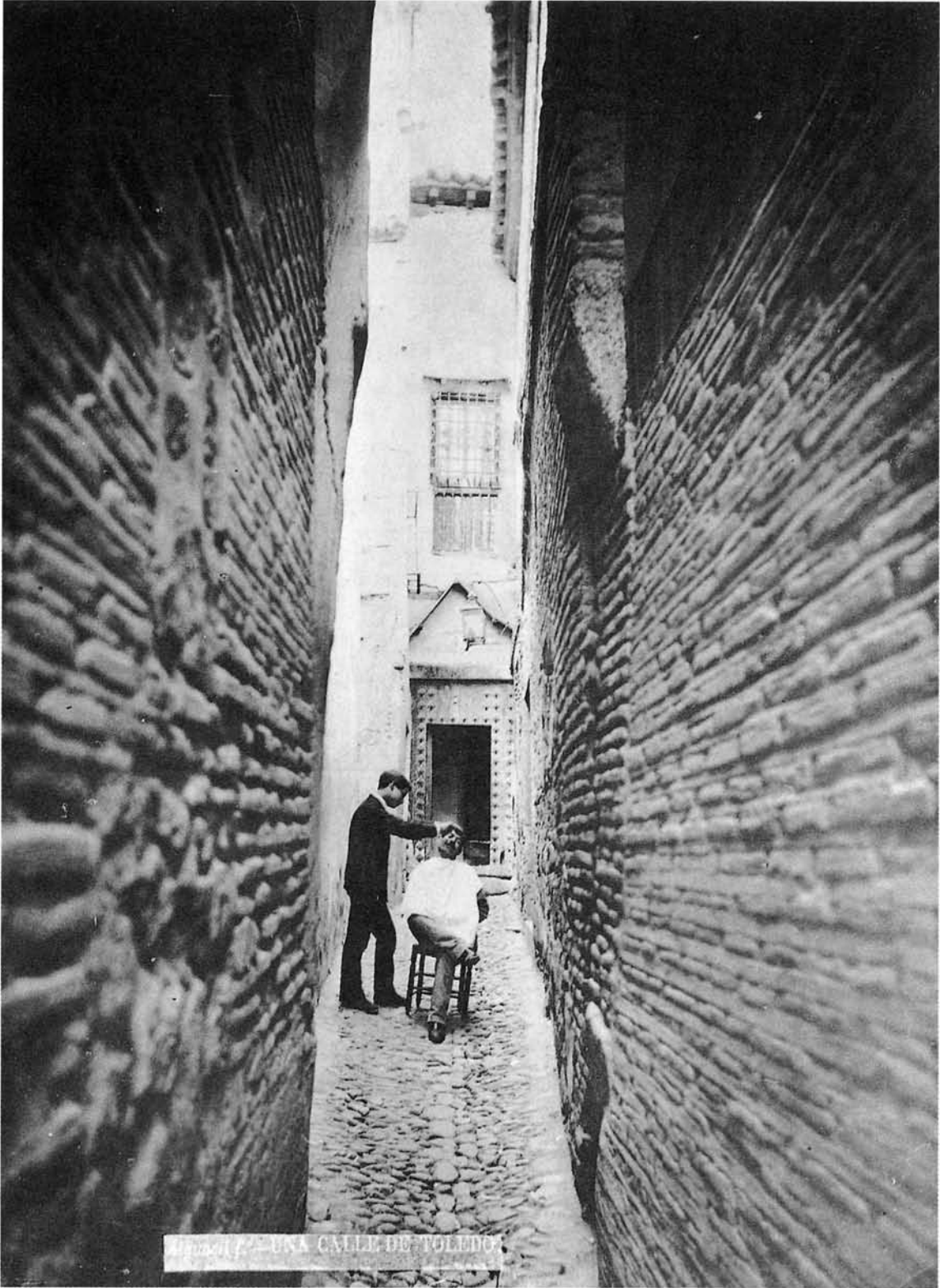


BIBLIOTECA



Casiano Alguacil: *Barbero en el Callejón de la Soledad* (Toledo, hacia 1880).

¿Hay vida (íntima) en Internet?*

Philippe Lejeune (París, 1937) es conocido en España por el «pacto autobiográfico» (*Le pacte autobiographique*, 1975), definición trascendental para los estudios sobre la autobiografía de los últimos 25 años, incluso para los que la impugnan y rechazan, pues de alguna manera resitúan y definen sus posturas frente a la de este profesor francés. A la vista de los reparos y críticas y de las inevitables reducciones que toda definición implica, el propio Lejeune fue remodelando su teoría sobre la escritura autobiográfica en los libros que siguieron (*Je est un autre*, 1980, y *Moi aussi*, 1986) hasta no dejar prácticamente ningún cabo sin atar ni territorio sin explorar. Todos menos uno: el diario íntimo.

Por eso, en los últimos diez años sus investigaciones están dedicadas, casi exclusivamente, a la práctica del diario íntimo (él prefiere llamarlo personal), no a los diarios editados, sobre los que ya existen en Francia algunos libros destacables, sino a la escritura y las circunstancias que

rodean a los diarios de la gente común, ese inmenso territorio subterráneo y escondido que se podía imaginar, pero del que no se tenía ninguna constancia. Esta línea de investigación se propone revelar la verdadera extensión y significado de esta «escritura ordinaria» más allá del exiguo número de los diarios publicados para catalogarla, archivarla y estudiarla con una metodología interdisciplinar, en la que los estudios literarios se sirven de la historia, de los procedimientos de la sociología y de la antropología cultural. Primero sondeó dicha práctica en la Francia actual («*Cher cahier...*», 1990), después en las «jovencitas casaderas» del siglo XIX (*Le moi des demoiselles*, 1993) y en «*Cher écran...*», el libro que cierra de manera coherente esa búsqueda, se ocupa del diario en el ordenador y del diario abierto en Internet.

En realidad este trabajo recoge dos investigaciones diferentes, si bien muy relacionadas. En la primera, se plantea una de esas cuestiones que desde fuera podría parecer asunto menor o prurito de especialista: ¿qué implica utilizar el ordenador para llevar diario? Lejeune sostiene que el soporte no es algo banal, pues no es un mero instrumento, sino un asunto central en la modulación de la intimidad y en el propio «yo» que el diarista descubre o construye, al fin y al cabo, a través de la escritura. Si en «*Cher cahier...*» había comprobado que el soporte mayoritario de la práctica diarística común era el cua-

* Philippe Lejeune, «*Cher écran...*» *Journal personnel, ordinateur, Internet*, París, Seuil, coll. «La couleur de la vie», 2000, 444 pp

dero en sus diferentes formas y que ninguno de los diaristas encuestados utilizaba el ordenador, en este último libro, Lejeune quiere saber si se utiliza el ordenador para llevar diario y si se modifica por esto la manera de llevarlo. Uno de los hallazgos es la resistencia que encuentra el ordenador como soporte del diario entre los mismos que lo utilizan para esto, como si no acabase de aceptarse en un espacio tan «íntimo», como si se viese todavía demasiado «artificial» frente a la supuesta «naturalidad» de escribir en un cuaderno las cosas más personales, olvidando, argumenta Lejeune con humor, que el ordenador se enciende y se apaga, responde si le preguntamos, ronronea... y hasta se queja. Sin embargo, augura que la versatilidad funcional y las múltiples posibilidades de éste acabarán por desplazar a todos los soportes, como el tratamiento de textos de hecho ya ha sustituido a la máquina de escribir.

Pero más allá de la naturalidad o artificialidad, el uso del ordenador obliga a revisar y, hasta cierto punto, pone en entredicho algunos aspectos de la práctica diarística tenidos por imprescindibles. El diario tradicional rechazaba la idea de la corrección, y cuando esto sucedía, quedaba la huella de la tachadura. Los diarios en el ordenador, por el contrario, introducen la posibilidad de retocar, cambiar y trabajar el texto indefinidamente y sin que se note. La posición de Lejeune, derivada de su práctica personal,

representa una síntesis de ambas posturas. El tratamiento de textos permite borrar una cacofonía, probar con otra palabra, cambiar una frase o elegir la palabra precisa sin «pentimento». Todos los cambios –dirá Lejeune– son válidos... si se hacen en el día, si dejan expresión de lo que se pensaba en aquel momento. Es decir, con las correcciones del día el texto no pierde su valor testimonial, permite dejar un documento «histórico» de lo que se vivía y de cómo se vivía. Si por una parte el ordenador permite mejorar y matizar lo escrito de manera espontánea, por otra refuerza aún más su ya marcado carácter virtual, sobre todo si no se imprime y el diarista sólo lo lee en pantalla. El cuaderno o los folios le daban una corporeidad, una presencia, mientras que el disquette o el disco duro del ordenador lo vuelven prácticamente invisible, contagiando quizá su virtualidad al yo. Para éstos la pantalla resulta más íntima que el papel.

La segunda parte del libro está dedicada a los diarios francófonos en Internet y es el resultado de la «navegación» de un mes por los diarios de la Red. Lejeune reproduce su diario de campo, un verdadero cuaderno de bitácora de su navegación electrónica. Antes de comenzar el «viaje» Lejeune tenía sobre los diarios cibernéticos una idea hecha de prejuicios (autocensura, enmascaramiento, fatuidad, cháchara frívola o superficial), que se va desvaneciendo poco a poco en cada uno de los hallazgos